

# Caetera tolle: amor a Dios y desprendimiento

Aldo Giraudo  
Universidad Pontificia Salesiana - Roma

## 1. La agilidad espiritual de quien ama a Dios sobre todas las cosas

Don Ceria en su *Don Bosco con Dios* escribe que los últimos años de Don Bosco no fueron un “brillar en él fulgores extraordinarios..., sino que todo pasó en la forma y condiciones ordinarias que se ven en quien se acerca a la muerte tras larga y dolorosa enfermedad. Salvo que no deba considerarse extraordinario el modo con que Don Bosco soportó hasta el fin sus males. La santidad crece hasta el límite extremo de la vida; es más, es entonces cuando se ve mucho mejor que antes el que verdaderamente es santo”.<sup>1</sup>

Luego Ceria cita al P. Faber, el cual enumeraba, entre las muertes más preciosas a los ojos de Dios, la “muerte del desprendimiento”: “Muere así quien nada tiene que sacrificar, nada de que despojarse, nada que abandonar, ya porque su alma jamás se apegó a la tierra, ya porque hace mucho tiempo que de ella se desprendió, de modo que su muerte espiritual fue muy anterior a la muerte física”.<sup>2</sup>

Estas expresiones nos recuerdan la segunda parte del lema de Don Bosco, que es también nuestro: “*Caetera tolle*”. Demasiado fácilmente y con gusto nos detenemos en la primera parte, en el “*Da mihi animas*”. Los dos momentos están estrechamente unidos entre sí, tanto a propósito del modelo sacerdotal propuesto por Don Cafasso, como en el itinerario espiritual de nuestro fundador. Es más, sin un don cotidiano de nosotros mismos a Dios – que se verifica en el desprendimiento de nosotros mismos, de las personas y de las cosas, para poder decir nuestro “*Fiat voluntas tua*”, metiéndonos en la contingencia de la vida cotidiana, en nuestra humanidad real, en nuestra situación comunitaria, eclesial y civil, en lo vivo de las múltiples relaciones interpersonales -, sin este don, no sólo no damos ningún paso en el camino de la santidad (al que hemos sido llamados y sobre el que “debemos” caminar), sino que hacemos estéril incluso nuestro trabajo pastoral y educativo.

Es interesante traer aquí la definición de “vida devota” (de vida cristiana integral y santa) que nos presenta Francisco de Sales en la *Filotea*: “una especie de agilidad o viveza espiritual, por cuyo medio la caridad actúa en nosotros o, si preferimos, nosotros actuamos con ella, con prontitud y alegría... Así como la Caridad nos hace cumplir todos los mandamientos de Dios sin excepción y en su totalidad – continúa el santo -, la devoción (el fervor espiritual) nos los hace practicar con rapidez y diligencia”. San Francisco de Sales usaba la imagen del hombre espiritualmente sano, el cual, “no sólo camina, sino que corre y salta por la vía de los mandamientos de Dios y, más, pues avanza por los senderos de los consejos y de las inspiraciones celestiales”. Retrato perfecto de Don Bosco y del salesiano, como él lo pensó, en la generosidad y en el entusiasmo continuo y creciente por su llamada.

Hoy como en el pasado, siguen siendo de actualidad las observaciones del santo saboyano sobre el juicio formulado por la “gente de la calle” en relación con las personas declaradamente religiosas: “sombrías, tristes y melancólicas”. Conociendo nuestras comunidades, sabemos que este peligro existe también para nosotros. Es importante que nos preguntemos: ¿Qué imagen de la perfección cristiana transmitimos con nuestra vida a los hermanos, a la gente, a nuestros jóvenes, en este tiempo dominado por una concepción pagana de la existencia? La vida cristiana y la consagración religiosa, entendidas en la perspectiva de san Francisco de Sales y de Don Bosco, forjan personalidades fascinantes, cargadas de humanidad verdadera: ¿de qué nivel es nuestra calidad humana?

<sup>1</sup> E.Ceria, *Don Bosco con Dios*, Madrid CCS, 1984, pág. 239.

<sup>2</sup> *Ibid.*, pág. 239.

En este concepto de santidad, la entrega total al Señor, amado con todo el corazón, con toda la mente y con todas las fuerzas, a través del “vaciamiento de sí”, el desprendimiento juega un papel central, insustituible. En los procesos informativos para la beatificación de Don Bosco, encontramos muchísimos testimonios que, antes que los prodigios de caridad apostólica y de fervor operativo, se apresuraron a subrayar el “*caetera tolle*” de nuestro padre, como fruto de un amor integral y arrollador hacia Dios: “Don Bosco en toda su vida amó a Dios con todas sus fuerzas y lo hizo amar por su prójimo”, atestigua Don Turchi; y Don Cagliero especifica: “Este amor fue su único anhelo, el único suspiro, el deseo más ardiente de toda su vida. Se lo oí repetir miles de veces: ¡Todo por el Señor y por su gloria!”.

Dos voces, entre tantas, de las que emerge una figura espiritual de extraordinaria grandeza, cuya actividad prodigiosa, vertiginosa, encuentra fecundidad precisamente en su arraigue en Dios y en el desprendimiento absoluto de sí: “Las grandes obras benéficas – puntualizó Don Francisco Cerruti -, sus numerosos escritos, el incansable ministerio de las confesiones y de la predicación, los largos y extenuantes viajes... no se pueden explicar ni comprender sino colocándolos en el escenario ardiente de su amor a Dios, del que recibían toda su fuerza”.

La referencia a Dios se había convertido para Don Bosco (conceptual y afectivamente) en el centro unificador de todas las componentes de su personalidad, la razón de ser ideal y operativa. Todo lo demás adquiriría significado e importancia en cuanto referido a Él, situado en su amoroso plan salvífico, proyectado en el horizonte de su “santísima voluntad”.

En esta óptica hay que entender el “*caetera tolle*”, que no es desprecio o devaluación de las cosas, sino gran libertad interior en la adhesión a la voluntad de Dios. San Francisco de Sales lo llama “santa indiferencia”, tomándolo de las palabras de Cristo en la cruz: “Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu”; y afirma, dirigiéndose a sus religiosas: “en ellas está compendiada toda la perfección cristiana. Tales expresiones nos muestran el perfecto abandono de nuestro Señor en las manos de su Padre celestial, sin reserva alguna;... nos evidencian su humildad, su obediencia y su verdadera sumisión”. La “santa indiferencia” es la imitación de Jesús en “este perfecto abandono en las manos del Padre celestial y esta perfecta indiferencia en lo que pertenece a la divina voluntad... Toda demora en nuestra perfección proviene sólo de esta falta de abandono”<sup>3</sup>.

Los *Ejercicios Espirituales* de san Ignacio de Loyola, en el cuarto día de la segunda semana, sugieren la meditación de los “*tres binarios de hombres*” (nn. 149-155). Tres hombres han adquirido respectivamente diez mil ducados, “no pura o debidamente por amor de Dios; y quieren todos salvarse y hallar en paz a Dios nuestro Señor, quitando de sí la gravedad e impedimento que tienen para ello, en la afección de la cosa adquirida”. El primero querría dejar el afecto que tiene a la cosa adquirida, pero no se decide sino a la hora de la muerte. El segundo “quiere quitar el afecto, mas así le quiere quitar, que quede con la cosa adquirida, de manera que allí venga Dios donde él quiere y no determina de dexarla, para ir a Dios, aunque fuese el mejor estado para él. El tercero quiere quitar el affecto, mas así le quiere quitar, que también no le tiene afección a tener la cosa adquirida o no la tener, si no quiere solamente quererla o no quererla, según que Dios nuestro Señor le pondrá en voluntad, y a la tal persona le parecerá mejor para el servicio y alabanza de su divina majestad; y entretanto quiere hacer cuenta que todo lo dexa en affecto, poniendo fuerza de no querer aquello ni otra cosa ninguna, si no le moviere sólo el servicio de Dios nuestro Señor, de manera que el deseo de mejor poder servir a Dios nuestro Señor le mueva a tomar la cosa o dexarla”<sup>4</sup>.

La formulación es algo barroca, pero la sustancia es decisiva para la vida espiritual, y debe caracterizar el examen de conciencia de quien quiere vivir una pobreza real. San Francisco de Sales usará una expresión sintética: “Como agrada a Dios”.

---

<sup>3</sup> Sermón el Viernes Santo, 25 de marzo de 1622, en *Oeuvres de saint François de Sales*, t. X, Annecy, p. 389.

<sup>4</sup> Ignacio de Loyola, *Ejercicios Espirituales*, Madrid BAC, *S. Ignacio de Loyola, Obras completas*, vol. II, pág. 188-189.

Esta “indiferencia”, pues, no es sólo el esfuerzo ascético para acallar y domar las tendencias de la naturaleza y así adherir mejor a las exigencias de nuestra vocación; sino que en la perspectiva de los maestros de espiritualidad cristiana (y de Don Bosco) aparece como la plenitud del amor, a la cual llega, después de la “muerte de la voluntad”, quien se conforma con Cristo, viviendo para él y en él, y lo alcanza en la cumbre del abandono total – aunque fuese en la cruz o en la noche más oscura, como sucedió, de forma dolorosísima, en los últimos quince años de vida de nuestro Don Bosco.

## 2. Éxtasis de la vida y de la acción

La “muerte a sí mismo”, vivida en las vicisitudes cotidianas de la existencia, en las relaciones con las personas, en la adaptación a las contingencias que invitan a un desprendimiento, doloroso y a veces humillante, de nuestros gustos, de nuestros puntos de vista (aún los más santos), desemboca en lo que Francisco de Sales llama el “éxtasis de la vida y de las obras”. Cuando él habla de “éxtasis de la acción” no entiende proponer simplemente una “mística del apostolado” en contraposición a una “mística de la contemplación”; entiende, más bien, recuperar una definición más “crística” de la mística: la *kénosis* del vaciamiento de sí libre y gratuito, en lo concreto de la vida, por amor del Señor.

Las “obras y la vida” de Francisco de Sales son la confrontación de cada uno de los momentos de nuestra existencia con la vida de Cristo y con todos los puntos de su enseñanza, “de modo que nosotros no sólo llevamos una vida civil, honrada y cristiana, sino una vida sobrehumana, espiritual, devota, extática; es decir, una vida que está fuera y por encima de nuestra condición natural. No robar, no mentir, no fornicar, rezar a Dios... es vivir según la razón natural del hombre; pero abandonar todos los bienes, amar la pobreza...; mantenerse en los límites de una estricta castidad y, finalmente, vivir en medio del mundo contra todas las opiniones y máximas del mundo y contra la corriente... mediante la resignación ordinaria, la renuncia y la abnegación propias, no es vivir humanamente, sino de manera sobrehumana; no es vivir en nosotros, sino fuera de nosotros y por encima de nosotros: y, como nadie puede subir de sí mismo ni alzarse por encima de sí mismo, como el Padre celestial no le atraiga, esta suerte de vida ha de ser un arrobamiento continuo y éxtasis perpetuo de acción y de obra”<sup>5</sup>.

“Si somos espirituales... renunciamos a nuestra vida humana por otra más eminente, muy sobre nosotros mismos, ocultándola en Dios con Cristo Jesús”<sup>6</sup>. Este tipo de “éxtasis” nos lleva a conducir con facilidad cotidiana “una conducta elevada y unida a Dios mediante la abnegación de las concupiscencias mundanas, la mortificación de sus caprichos e inclinaciones naturales, la interior dulzura, la sencillez, la humildad y, sobre todo, la continua caridad”. Si no se dan estos síntomas, advierte Francisco de Sales, ciertos rigores y sublimidades espirituales, incluso los fenómenos místicos más raros “son muy dudosos y peligrosos”<sup>7</sup>.

Es así, exactamente, cómo se vive “escondidos con Cristo en Dios”, “sobreponiéndose a sí mismo y a sus naturales inclinaciones”. Éste es “el éxtasis y el arrobamiento de la vida a que se refiere el Apóstol cuando dice: Vivo yo, mas no soy yo; es Cristo quien vive en mí (Gál 2,20) y que lo explica él mismo en otros términos a los Romanos (6,4-11), cuando les dice que nuestro hombre viejo fue crucificado juntamente con Jesucristo: hemos muerto al pecado con Él y al mismo tiempo hemos resucitado con Él, para caminar en novedad de vida a fin de no servir más al pecado”<sup>8</sup>.

En una palabra – continúa Francisco – se trata de vivir el llamamiento más enérgico y admirable de san Pablo, el apóstol “todo inflamado y prendido del amor a su Maestro”, el cual “hablando de

---

<sup>5</sup> Francisco de Sales, Madrid BAC, *San Francisco de Sales, Obras completas*, vol. II, pág. 286-287.

<sup>6</sup> Ibid. Pág. 287.

<sup>7</sup> Ibid., pág. 289.

<sup>8</sup> Ibid. Pág. 289.

sí propio (y lo mismo puede afirmarse de cada uno de nosotros) dice: La caridad de Cristo nos aguijonea (2 Cor 5,14)<sup>9</sup>.

Todo esto nosotros debemos afrontarlo con el estilo de Don Bosco: con sencillez, con dulzura y afabilidad, con cordialidad, con capacidad de adaptación práctica, con serenidad, con iniciativa y creatividad práctica.

San Francisco de Sales enumera las virtudes que traducen mejor el desprendimiento necesario para vivir en la caridad: “paciencia, dulzura, humildad, tranquilidad”. Son los elementos esenciales del éxtasis salesiano, todo orientado hacia la plenitud del amor.

### 3. Búsqueda amorosa de la voluntad de Dios

¿Cómo se verificó en Don Bosco el éxtasis de la vida y de la acción? Los procesos de beatificación y canonización lo han revelado con una convergencia absoluta de todos los testigos. Preocupado por vivir en la acción concreta la invocación del Padre nuestro, “Hágase tu voluntad”, él estaba lanzado por el amor en una dimensión espiritual de apertura y de búsqueda (discernimiento) continua de la voluntad de Dios; así que vivía una condición interior y exterior de ductilidad y de agilidad en sus opciones, relativizando todo al servicio de Dios y a la salvación de las almas.

Oraba intensamente y se aconsejaba, para discernir, para no engañarse; luego adhería cordial y decididamente, yendo adelante hasta “la temeridad”: “Aseguraos, nos decía, en lo que os proponéis hacer, que sea la voluntad de Dios; y luego id adelante sin deteneros” (Cerruti).

La necesidad, para la identidad espiritual del salesiano, de esta actitud de “heteronomía” espiritual, de obediencia absoluta y de desprendimiento de los propios puntos de vista y de las inclinaciones naturales, Don Bosco la presenta con un relieve intencionado en las *Memorias del Oratorio*, cuando cuenta los motivos que estuvieron en la base de sus opciones operativas y de su misión específica, después de los tres años del Colegio eclesiástico. Es una página sugestiva, que merece la pena leerse por completo:

*Un día Don Cafasso me llamó y dijo:*

- *Ya ha terminado el período de sus estudios; es necesario que vaya a trabajar. En estos tiempos, la mies es muy copiosa. ¿A qué os sentís más inclinado?*
- *A lo que usted me indique.*
- *Hay tres empleos: vicario en Buttigliera de Asti; enseñante de moral aquí en el Colegio; director del Ospedaletto junto al Refugio.<sup>10</sup> ¿Cuál elegiría?*
- *El que usted juzgue conveniente.*
- *¿No se inclina más por uno que por otro?*
- *Mi inclinación apunta a ocuparme de la juventud. Usted haga de mí lo que quiera; percibo la voluntad del Señor en su consejo.*
- *¿Qué ocupa en este momento su corazón, qué alberga su mente?*
- *En este momento, siento encontrarme en medio de una multitud de muchachos que solicitan mi ayuda.*
- *Vaya, pues, a pasar unas semanas de vacaciones. Al volver, le indicaré su destino.*

*Tras las vacaciones, Don Cafasso dejó pasar algunas semanas sin comentarme nada; tampoco yo le consulté.*

---

<sup>9</sup> Ibid. Pág. 290.

<sup>10</sup> *Pia Opera di N. S. Rifugio dei peccatori*, conocida ordinariamente con el nombre de *Rifugio*: institución benéfica fundada por la marquesa de Barolo, creada para «aquellas pobres muchachas, a las que la seducción condujo al error, y que, arrepentidas, buscan la paz de un lugar retirado. La primera condición para ser admitidas es que estén arrepentidas y entren espontáneamente» («La Armonia» 4 [1851] 41, 163). Hoy, *Istituto Barolo*.

- *¿Por qué no pregunta por su destino?, me manifestó un día.*
- *Porque quiero encontrar la voluntad de Dios en su deliberación, sin añadir cosa alguna de mi parte.*
- *Prepare su equipaje y vaya con el teólogo Borel. Será director del pequeño hospital de santa Filomena; trabajará también en la obra del Refugio. Mientras tanto, Dios le pondrá delante lo que deberá hacer por la juventud.*

*A simple vista, tal consejo parecía oponerse a mis inclinaciones, porque la dirección de un hospital, predicar y confesar en un instituto de más de cuatrocientas jovencitas me quitarían el tiempo para cualquier otra ocupación. Sin embargo, tal era –como pronto comprobé– el designio del cielo.*

Semejante disponibilidad incondicionada, en la superación de sí mismo y en el desprendimiento “indiferente” de las propias aspiraciones, incluso las más santas, era la consecuencia de la decisión de “darse totalmente a Dios”, madurada y hecha crecer en los años de su formación, y sólo podía provenir de un ardiente amor de Dios, que se explicitaba en el deseo absoluto de santidad (santidad entendida en el sentido salesiano y donbosquiano).

#### **4. Grandes deseos y fuerte determinación**

Este núcleo generador, este movimiento unificante de la vida, esta inspiración central de la existencia, Don Bosco la proponía simplificándola en las expresiones, pero con integridad, a todos sus muchachos, como podemos deducirlo de la vida de Domingo Savio: “Ya hacía seis meses que se hallaba en el Oratorio cuando se hizo una plática sobre lo fácil que es llegar a ser santo. El predicador se detuvo especialmente en desarrollar tres pensamientos que causaron profunda impresión en el ánimo de Domingo; a saber: Es voluntad de Dios que todos seamos santos; es fácil conseguirlo; a los santos les está preparado un gran premio en el cielo”. La reacción por parte de los muchachos fue diversa, según su madurez espiritual.

La reacción de Domingo contiene algunos elementos que merecen ser considerados con atención: “Aquella plática fue para Domingo una chispa que inflamó su corazón en amor de Dios... Siento como un deseo y una necesidad de hacerme santo. Nunca me hubiera imaginado yo que uno pudiese llegar a ser santo con tanta facilidad; pero ahora que he visto que uno puede ser santo y también estando alegre, quiero absolutamente y tengo necesidad de ser santo. Dígame, pues, cómo he de conducirme para dar comienzo a esta empresa”.<sup>11</sup>

Sin amor “encendido”, fuerte deseo y absoluta decisión, no puede haber vida espiritual. Lo enseña San Francisco de Sales y lo repite muchas veces San Alfonso María de Liguorio. Por ejemplo, en la *Práctica del amor a Jesucristo*, él presenta un *Compendio de las virtudes* que debe practicar quien ama a Jesús y afirma que “los medios principales para la perfección son: 1) Huir de todo pecado deliberado, aunque sea leve; pero, si acaso, cometemos alguna falta, guardémonos de airarnos con nosotros mismos con impaciencia; entonces hay que arrepentirse y haciendo un acto de amor a Jesucristo... 2) Desear llegar a la perfección de los Santos y padecer cualquier cosa para dar gusto a Jesucristo; y si no tenemos este deseo, pedir a Jesucristo que, por su bondad, nos lo conceda, porque, de lo contrario, si no deseamos con verdadero deseo hacernos santos, no daremos un paso para avanzar en la perfección. 3) Tener una verdadera resolución de alcanzar la perfección. Quien no tiene esta resolución obra con debilidad y en las ocasiones no supera las repugnancias; por el contrario, un alma resuelta con la ayuda de Dios, que nunca falta, vence todo”.<sup>12</sup>

<sup>11</sup> J. Bosco, *Vida del jovencito Domingo Savio alumno del Oratorio de San Francisco de Sales*. Traducción española en Madrid BAC, 1979, *San Juan Bosco, Obras fundamentales*, pág. 155-156.

<sup>12</sup> Alfonso de Liguorio, *Pratica di amar Gesù Cristo, en Opere ascetiche*, vol. I, Torino 1873, p. 850.

Ésta era también la directriz principal que San Felipe Neri daba a sus discípulos, medio siglo antes de San Francisco de Sales: para una vida espiritual eficaz, decía, debe ocupar el primer lugar un gran deseo de perfección: “Hay que desear hacer cosas grandes por el servicio de Dios y no contentarse con una bondad mediocre”<sup>13</sup>.

Son, pues, necesarias estas dos cosas: en primer lugar, cultivar grandes deseos, grandes sueños, grandes ambiciones santas de expresar todo aquello para lo que nos sentimos creados y llamados; en segundo lugar, a pesar de todos los obstáculos, poner en acto una fuerte decisión, hacer todo lo que está en nuestra mano para alcanzar ese objetivo, abandonándonos luego en las manos de Dios. (San Ignacio dice: Obra como si todo dependiese de ti, pero confíalo todo a la gracia del Señor).

En el prólogo de las Constituciones Don Bosco invitaba a los salesianos a seguir prontamente la vocación, superando “con resolución” toda demora: “San Jerónimo, a los que son llamados a dejar el mundo, les da este consejo: Te ruego que te des prisa, y antes bien cortes que desates la cuerda que detiene la nave en la playa”<sup>14</sup>.

Me parece oportuno proponeros un examen, hecho con particular atención, sobre estos puntos: ¿hay en nosotros el deseo ardiente y la decisión de amar a Dios sobre todas las cosas y de hacerlo todo por su amor? ¿Estamos verdaderamente movidos, en todo lo que hacemos, por un discernimiento continuo de la voluntad de Dios? ¿Qué efectos concretos se derivan de ello, tanto en las grandes decisiones como en la conducta de la vida cotidiana?

---

<sup>13</sup> A. Cistellini, *Oratoire philippin*, en *Dictionnaire de spiritualité ascétique et mystique. Doctrine et histoire*, t. XI, Paris 1982, c. 857.

<sup>14</sup> *San Juan Bosco a los Socios Salesianos*, en *Constituciones de la Sociedad de S. Francisco de Sales, Introducción*. Traducción española en Madrid BAC, 1979, *San Juan Bosco, Obras fundamentales*, pág. 645.